

genio, método ni empeño para el lleno de sus deberes.

Abierto el cajón de don Dionisio, que ya, si bien se trataba con amor á su familia, no le permitía los anteriores despilfarros, presentaba las mejores esperanzas; pero fué el caso que allí mismo no faltaron imprudentes que, so color de amistad, le fueron imponiendo de la conducta toda que durante su ausencia observaron su mujer é hija, lo que no dejó de desazonarlo, é indisponiéndose más por las impertinentes solicitudes de una y otra, que anhelaban por sus antiguas tertulias, teatros, etc., etc., á los tres meses de venido, por un baile que emprendieron ellas y á que no quiso acceder, riñeron marido y mujer de tal modo, y le dijo ella tantos insultos, que de resultas de tan grande cólera y derramamiento de bilis le dió una fiebre que se le agravó en momentos.

Siete días estuvo en una terrible incertidumbre, asistido de doña Matilde y Pudenciana, que acudieron á ese efecto, ayudándolas nuestra Quijotita como una hija que ya conocía cuánta falta le hacía su padre. No así Eufrosina, que en los primeros días apenas entró alguna vez á la recámara, y no cuidó de verle más. Estaba sentada con una aparente melancolía; pero jamás le vieron echar una lágrima. Una vez se le dijo que su marido daba señales de conocimiento, y se determinó á verlo; le dijo

dos palabras, salióse luego dando algunos suspiros, y nada más. El coronel, aprovechando los momentos, hizo llamar un escribano, y don Dionisio hizo su testamento en que nombraba de heredera á su hija; mandó que el quinto de sus bienes se emplease en misas por su alma y la de su tío y bienhechor don Ambrosio Langaruto, y aunque mi tutor lo resistió bastante, quedó nombrado albacea con el mayor sentimiento suyo, de su familia y mío, porque veíamos las incomodidades que esto le traería.

Finalmente, don Dionisio volvió á agravarse, y después de sacramentado, rodeado de sus amigos, parientes é hija, espiró. La ingrata Eufrosina no pasó de la pieza inmediata, y más fué engaño que verdadero dolor alguna lágrima que salió de sus ojos; asistió con entereza á todo cuanto pudo ocurrir para los funerales, y luego que estuvo enterrado el cadáver se dedicó con el mayor escrúpulo á cuanto podía constituir más culto y perfecto su duelo.

Toda la conducta de esa vil mujer estaba demostrando que nunca tuvo á su marido más que un amor interesado; que el gusto de su regreso fué porque esperaba volver con desahogo á su antigua vida, y que, como esto se le alejó porque el colmo de la desgracia había hecho cuerdo á su marido, lo aborreció y acaso deseó su muerte para gozar á sus anchuras de aquel caudal.

Concurrieron á dar el pésame los parientes y ami-

gos, y á la verdad, que al principio cada uno procuraba expresarse con tiento para no renovar una herida tan dolorosa; pero quedaban sorprendidos al ver la indiferencia de la viuda, y que ella misma suministraba argumentos consolatorios.

— Me consuela, decía, que no soy una vieja. — (No tenía más que cincuenta y un años). De allí á poco decía: — Me consuela que quedo con alguna cosa en el mundo. — Después de algún momento añadía: — Me consuela con tener algunos parientes y amigos. — No mucho después replicaba: — Me consuela que no tengo más de una hija ya grande y no fea ni sin gracias. — Luego sucesivamente: — Me consuela que no tengo que estar sujeta á voluntad ajena; soy libre y sin sujeción; podré hacer lo que quiera.

En suma, ella por sí misma andaba buscando y eligiendo motivos de consuelo, sin que alguno se fatigase en enjugar sus lágrimas, pues no ha derramado ninguna; su amor era un amor interesado. Las mujeres de esta clase por su comodidad aman al marido. Cuando llegan á perderle, lloran su pérdida propia sobre la que reflexionan; pero no la pérdida de un fiel compañero. Esto sucedió á Eufrosina: la pérdida del marido no le quitó las comodidades y abundancias, antes bien se las aumentó, porque quedaba absoluta é independiente, y por lo mismo en su imaginación no halló motivo de

llorar y de lamentarse. Y así dijo con bastante energía una de sus amigas que fué á visitarla:

— Esta señora tiene tantos consuelos, que se puede decir que ha logrado muchas satisfacciones.

No se conducía así nuestra Quijotita, que aunque malamente educada tenía una alma algo sensible, y no las tenía muy cabales cuando recordaba todo lo que le pasó en la ausencia de su padre. Ella, huyendo de la concurrencia, se iba á alguna pieza apartada á llorar con doña Matilde y Pudenciana, que estuvieron allí los nueve días del duelo, lo mismo que mi tutor y don Modesto, que sólo salían á cosas precisas y volvían á la casa mortuoria, mientras yo sólo iba á ratos y volvía á cuidar de las otras dos casas que me habían encargado.

